

mismo nombre, y en ella residen el obispo y unos cuarenta españoles. Entre las sierras hácia el mar del Norte está una provincia llamada Lacandona, en la que hay indios de guerra que el rey no puede sujetar, porque tienen pueblos y fortalezas en un gran lago en las dichas montañas; van generalmente desnudos, y algunos usan mantas de algodón. Andadas unas ochenta leguas, entré en otra provincia llamada Chiapa, cuya principal ciudad es Sacatlan, y en ella reside el obispo con unos cien españoles. Hay en esta tierra gran cantidad de algodón, de que los indios hacen telas finas, que los cristianos compran para llevar á la Nueva-España. La gente de esta provincia paga su tributo al rey en algodón y plumas. A catorce leguas de esta ciudad se encuentra otra llamada Chiapa, donde hay las mejores hacas de todas las Indias, y se llevan á México, que dista trescientas leguas. De esta ciudad seguí mi camino, atravesando cerros y montañas, hasta llegan en el fin de la provincia á un cerro llamado Ecatepec, que quiere decir «cerro del aire,» porque dicen que es el mas alto que se ha descubierto, pues desde su cumbre se descubren ambos mares, el del Norte y el del Sur, y se cree que tiene nueve leguas de subida. Los que han de pasarlo, llegan siempre al pié por la tarde, y empiezan su jornada á la media noche, para llegar á la cumbre ántes de que salga el sol el dia siguiente, porque despues comienza á ventear con tanta fuerza, que no hay hombre que pueda subir. Del pié de este cerro á Tehuantepec, primera ciudad de la Nueva-España, habrá quince leguas; y de allí me volví á México.

Poco despues de haber vuelto á México [que fué en el año de 1572], en compañía de un español que habia hecho conmigo esta jornada, salimos de nuevo, encaminán-

donos á Pánuco, que está en la costa del mar del Norte, y en tres jornadas llegamos á una ciudad llamada Metztilan, donde residen doce españoles y cosa de treinta mil indios. Dicha ciudad descansa sobre unas altas montañas, llenas de pueblos muy salubres y frondosos, con muchas fuentes de agua que los atraviesan: todos los caminos de estos cerros están plantados de árboles frutales y de otras especies, sumamente agradables. Los indios de todos los pueblos por donde pasábamos nos ofrecían provisiones. A veinte leguas de allí hay otra ciudad nombrada Chanchinoltepec, perteneciente á cierto caballero; la pueblan cosa de cuarenta mil indios, y residen entre ellos ocho ó nueve frailes de la orden de San Agustín, que tienen allí un convento. Dentro de tres dias nos partimos y pasamos á Guajutla, donde tienen otro monasterio los frailes de la misma orden: hay en esta ciudad como doce españoles. De este lugar para adelante comienza una provincia llamada Guastecan, toda llana, sin ningun cerro. El primer pueblo á que llegamos, se nombra Tancuylabo, de muchos indios altos de cuerpo, pintados todos de azul y con el cabello largo hasta las rodillas, trenzado con cintas, como acostumbra las mugeres. Cuando salen de sus casas llevan consigo sus arcos y flechas, porque son grandes flecheros: andan generalmente desnudos. En esta tierra no se consigue oro ó plata á cambio de otras cosas, sino solamente sal, que estiman mucho y la usan como medicina principal contra ciertos gusanos que se les crían en los labios y encías. Nueve jornadas mas adelante encontramos un pueblo llamado Tampico, que es puerto de mar, y en él residen, á mi juicio, cuarenta cristianos, de los cuales, estando yo allí, mataron los indios catorce, mientras andaban recogiendo sal, que

es el único comercio que aquí tienen. Está situado Tampico en la boca del rio de Pánuco, que es caudaloso, y si no fuera por una barra de arena que tiene á la entrada, podrian remontarle mas de sesenta leguas, buques de quinientas toneladas. Fuimos luego á Pánuco, catorce leguas de Tampico; pero está en cierta manera despoblado, por haber matado los indios á los cristianos, de suerte que solo quedaban diez, con un sacerdote. En este pueblo caí enfermo, y permanecí en él cuarenta y un dias, sin otro alimento que frutas y agua, cuya agua mandaba traer á mas de seis leguas la tierra adentro. Allí me estuve hasta que vino á reunírseme mi compañero, que se habia ido por otro camino, dejándome con solo un esclavo que saqué de México. El último dia de Pascua de Resurreccion llegó mi compañero y me encontró en un estado de suma debilidad, por lo malsano del lugar. A pesar de mi flaqueza me pusieron á caballo con un indio en ancas para que me sostuviese, y así caminamos todo aquel dia hasta la noche. A la mañana siguiente pasamos el rio en canoa; puestos ya al otro lado, yo me adelanté solo, y á causa de haber muchas veredas hechas por las fieras, me perdí y caminé como dos leguas por un gran bosque. Al cabo vine á dar con unos indios salvajes que habitaban en unas chozas de paja, y al verme, salieron en número de veinte, con sus arcos y flechas, hablándome en una lengua que no entendí. Díjeles por señas que me bajasen del caballo, lo cual hicieron por orden de su gefe, que con ellos estaba, y me apearon. Lleváronme á una de sus chozas, donde me tendieron en el suelo sobre una estera; y viendo que yo no los entendia, trajeron una muchacha india de México, de edad de quince ó diez y seis años, á la cual mandaron que me pregun-

tase en su lengua, de dónde venia yo, y con qué fin habia llegado entre ellos; y añadía ella: «¿Pues no sabes por ventura, cristiano, que estos te han de matar y comer?» A lo que respondí: «Hagan de mí lo que quieran: aquí estoy.» Y ella replicó: «Puedes dar gracias á Dios de que estás flaco, y estos temen que tengas viruelas; porque de no ser así, te comerian.» Entónces ofrecí al rey un poco de vino que traía yo en una botella, cosa que estiman sobre todos los tesoros; y por vino venderán á sus mujeres é hijos. Despues me preguntó la muchacha si necesitaba yo algo, y si queria comer alguna cosa. Pedíle que me diese un poco de agua para beber, porque la tierra es muy caliente; y ella me trajo un gran vaso de cristal veneciano dorado, lleno de agua. Admirado yo de ver el vaso, le pregunté que dónde le habia adquirido. Respondíome que el cacique le habia traído de Shallapa, pueblo grande á treinta leguas de este lugar, entre los cerros, en el cual habitaban ciertos cristianos, y unos frailes de la orden de San Agustín, á quienes este cacique con su gente mató una noche, y habiendo quemado el convento, reservó entre otras cosas este vaso, y así llegó á mí. Habiendo estado ya entre ellos tres ó cuatro horas, mandaron á la muchacha que me preguntase si queria yo seguir mi camino: contestéle que no deseaba otra cosa. Entónces mandó el cacique á dos de sus indios que me guiasen, y marcharon delante de mí desnudos, con sus arcos y flechas, por espacio de tres leguas, hasta que me pusieron en un camino ancho, y por señas me dieron á entender que pronto llegaria á una ciudad poblada de cristianos, que se llama Santiago de los Valles, asentada en un llano, y cercada con una pared de adobe. Los cristianos que residen en ella no

pasan de veinte ó veinticinco, á quienes el rey de España reparte indios y pueblos para que le tengan sujeta la tierra. De aquí es de donde los cristianos sacan sus robustas mulas que llevan á todas las partes de las Indias, y hasta al Perú, porque en ellas se acarrear por tierra todas las mercancías. En esta dicha ciudad hallé á mi perdido compañero, que ya no pensaba otra cosa sino que me habian asesinado; y aquellos cristianos se maravillaban tambien de que hubiese yo salido con vida de entre tales indios, por ser cosa que jamas se habia visto: ántes tienen en mucho matar á un cristiano, y llevar al cuello todas las partes de su piel donde crece cabello, con lo cual son tenidos por valientes. En esta ciudad permanecí diez y ocho dias, hasta que recobré la salud; y en el intermedio llegó un D. Francisco de Pago, á quien el virey D. Henrico Manriques ¹ habia enviado por capitán general para descubrir y abrir camino desde la costa del mar á las minas de Zacatecas, que están á ciento sesenta leguas de allí, á fin de trasportar las mercancías por aquel camino, dejando el de México, que es jornada de siete ú ocho semanas. El capitán nos tomó consigo, á mí y á los que me acompañaban, así como los demas soldados que habia traído, en número de 40, y quinientos indios sacados de dos pueblos de esta provincia, llamados Tanchipa y Tamaclipa, todos buenos flecheros desnudos, y nos fuimos, al rio de las Palmas, de mucho caudal, y límite de la Nueva-España con la Florida. Anduvimos tres dias por la orilla de este rio, buscando paso, y no hallándole, nos vimos al fin obligados á cortar madera para hacer una balsa, y hecha, nos metimos en ella, y unos indios nadadores la empujaron hasta la

¹ D. Martín Enriquez.

otra orilla. A las treinta millas de camino por bosques, cerros y montañas, llegamos á las minas de Zacatecas, que son las mas ricas de todas las Indias y de donde se saca mas plata; en cuyas minas residen mas de trescientos cristianos. Allí nos dió licencia nuestro capitán para partirnos, y de vuelta para México pasamos al valle de San Miguel, luego á Pueblo Nuevo, de allí á la provincia de Michuacan, cuya capital tiene el mismo nombre, y es residencia del obispo y de mas de cien españoles. Abundan en ella todos los productos de España: tiene viñas silvestres, y bosques de nogales: hay muchas minas de cobre, y gran cantidad de ganado. Queda á sesenta leguas de México, á cuya ciudad llegamos dentro de cuatro dias. Los indios de esta tierra son muy altos y robustos.

Mas adelante volví á la provincia de Sonsonate, por Veracruz, luego al rio de Alvarado, y de allí á Campeche, que está á la parte Sur del golfo de México. La capital de esta provincia se llama Mérida: tiene obispo y cerca de cien españoles. Los indios de esta provincia pagan su tributo en mantas de algodón y en cacao. No hay puerto en toda la provincia donde pueda anclar un buque de cien toneladas, sino solo en el rio de Tabasco, á cuya orilla está Mérida. La principal mercancía que cargan allí en pequeñas fragatas, es una madera llamada campeche y sirve para teñir, así como tambien cueros y añil. Linda con esta provincia la de Yucatan, inmediata á la de Honduras por la costa del mar del Norte, donde hay tambien obispo, y un pueblo llamado asimismo Yucatan, de muy pocos españoles. En toda esta costa no hay fortaleza que la defienda, salvo que la costa es baja y sin puerto capaz de recibir ningun buque, como no sean fragatas en que llevan al puerto de San Juan

de Ulúa cera, cacao, miel, y tambien mantas de algodón, que fabrican en gran cantidad, y es un importante renglon de comercio con México. Con ellas pagan ademas su tributo al rey.

De los tributos de las Indias traen todos los años al rey de España nueve y diez millones en oro y plata, porque de cada indio súbdito suyo (exceptuando los que pertenecen á los encomenderos, que son los hijos de los primeros conquistadores españoles, á quienes el rey dió y concedió por tres vidas el gobierno de las ciudades y pueblos conquistados), recibe doce reales de plata y una hanega de maiz, que es el trigo del país; y de cada viuda cobra seis reales, y media hanega de maiz. Y si un indio tiene veinte hijos en su casa, paga el tributo por cada uno de los que sean mayores de quince años. Traído este maiz á cada gobernador de provincia ó ciudad, véndele en México cada año los oficiales del rey, y el producto se pone en las cajas reales para llevarle anualmente á España. De los españoles que poseen minas de oro y plata, recibe la quinta parte del producto, lo cual se llama el *real quinto*, y al tomarle del monton se le pone el sello de las armas reales, porque de otra manera no podria sacarse del país para llevarle á España, so pena de muerte. El marco de plata, que son ocho onzas, vale y corre por cuarenta y tres reales cuando sale de la mina y aun no está sellado; mas cuando le quieren traer á España le llevan á la tesorería del rey para que le pongan el sello, con lo cual sube su valor á sesenta y cuatro reales de plata: de suerte que el rey cobra veintiun reales por derechos de cada marco de plata.

Desde el año de 1570, en que como arriba se ha dicho, vinieron por primera vez á las Indias las bulas del Papa, el rey ha

recibido de todos los indios mayores de doce años, tanto tributarios suyos como de los encomenderos, cuatro reales por cada bula. Tambien llevan á las Indias otras indulgencias para los difuntos, aunque hayan muerto cien años ántes de la llegada de los españoles; ¹ y los frailes en sus sermones persuadian á los pobres indios que tomasen esas indulgencias, diciéndoles que con dar cuatro reales por una misa, librarian del purgatorio aquellas almas. Tambien de los cristianos residentes allá cobra catorce reales por cada bula; y ademas de estas llevan otras para los cristianos, las cuales sirven para perdonar todas las faltas que hayan cometido, sea contra el rey, defraudándole sus rentas, ó contra otros en cualquiera manera. Por cada cien coronas que la conciencia le recuerda de haber hurtado al rey ó á otro, debe dar diez por una bula; y pagando en la misma proporcion por cada cien que haya robado, se le perdona su culpa. Arreglada de este modo la renta de las bulas, produce anualmente al tesoro mas de tres millones de oro, segun me han informado por conducto fidedigno; aunque últimamente tanto los españoles como los indios rehusan tomar las bulas, porque ven que se convierten en un tributo anual, sino que cada indio toma una licencia para toda su casa (siendo así que ántes acostumbraban los indios tomar una para cada persona de su familia), y partiéndola en pequeños pedazos, dan uno á cada persona de la casa, diciendo que no necesitan ahora mas, pues ven en la que compraron el año pasado, que ya tienen mas de diez mil años de perdon. Estos pedazos los pegan en las paredes de las casas que habitan. Así españoles como in-

¹ El autor habla de esta materia sin suficiente conocimiento de ella.

dios están cansados de esta multitud de contribuciones y derechos que últimamente les han impuesto, más que en los años pasados, de manera que ambos pueblos se rebelaron dos veces en el tiempo que yo estuve entre ellos, y querían alzar otro rey propio; por cuya causa el rey ha mandado, so pena de muerte, que no se cultive la viña ni el olivo, sino que siempre tengan necesidad de recibir de España el vino y el aceite, aunque se cogiera mas allí en cuatro años que en España en veinte, según es de fértil la tierra. Y para tenerla siempre sujeta y aprovecharse de ella, ha prohibido estrechamente por ley, bajo pena de muerte y confiscacion de bienes, que ningun habitante de estos países comercie con ninguna otra nacion, aunque la gente lo desea mucho, y lo harian indudablemente

te, si no fuera por temor del peligro á que se exponen.

Al rededor de México y en otras partes de la Nueva-España, crece cierta planta llamada *maguey*, que produce vino, vinagre, miel, azúcar prieta, y de cuyas hojas secas se saca cáñamo, cuerdas y los zapatos que ellos usan, y aun tejas para las casas. Y en la punta de cada hoja sale una espina como una lesna, con las que acostumbra agujerar todo.

Y aquí doy punto, habiendo hecho ya una suma de las cosas mas notables que he visto y observado en mis diez y siete años de viajes por aquellas partes.

Por la traduccion,

JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.

(Continuará).

EL FERROCARRIL DEL PACIFICO.

Acaba la humanidad de dar uno de sus gigantescos pasos; acaba de realizarse uno de los sueños dorados del genio civilizador de nuestro siglo. El aliento benéfico y poderoso de la locomotiva se ha derramado ya desde Boston y Nueva-York, en el Atlántico; hasta San Francisco California, en el Pacífico, y el pito de vapor ha propagado ya una y otra vez á lo largo de los inmensos desiertos septentrionales de nuestro continente, la buena nueva de que se ha sustituido al alarido del salvaje el ligero caballo de fierro y humo: al trepar las cumbres de las sierras rocallosas y nevadas, no ha sentido asfixiados sus pulmones, y el reinado de la industria y el trabajo celebrará como aniversario de su feliz principio en aquellas extensas regiones el memorable 10 de Mayo.

El infatigable espíritu emprendedor de la gran república americana, ha realizado en ménos de siete años una obra que al emprenderse nadie se atrevió á imaginar que se concluyera en ménos de veinte.

La idea de esta obra gigantesca ha preocupado los espíritus por espacio de medio siglo. El célebre americano *Mr. Thomas Kart Benton* concibió el primero el proyecto de atravesar el continente por una carretera que partiendo de la ciudad de San Luis, situada á orillas del Missouri, terminara en la bahía de San Francisco de California. *Mr. Benton* defendió con calor esta idea en una série de artículos que vie-

ron la luz en 1819 en el *Enquirer* de San Luis: no se conocian entónces los ferrocarriles, ni la locomotiva que *Stephenson* sujetaba á la primera prueba diez años mas tarde sobre el ferrocarril de Liverpool á Manchester habia realizado aún el prodigio á que despues nos ha acostumbrado su uso de salvar en breves horas las distancias que nuestros padres no recorrian sino trabajosamente en semanas ó meses enteros; no pudo, pues, *Mr. Benton*, al iniciar su pensamiento, formularlo con las condiciones que medio siglo de portentosos adelantos le han permitido tomar; pero ademas de que se apresuró á corregir su proyecto al introducirse los ferrocarriles en Europa, adivinando desde entónces y defendiendo que la Sierra Nevada no seria una barrera inespugnable que estorbara el paseo de la locomotiva del uno al otro Océano, concibió desde el principio con su espíritu práctico y sagaz, que abrir el tráfico á través del contiiente era la continuacion necesaria de la obra de Vasco de Gama y de Cristóbal Colon.

Por muchos años quedó el proyecto de *Mr. Benton* en estado de verdadera utopia; pero él no cesaba de prestarle el auxilio de su palabra elocuente y de su merecida influencia. A su perseverante iniciativa se debieron los primeros trabajos de exploracion que hicieron su yerno el general *Frederick* y el ingeniero aleman *Mr. Kern*, y tambien la asignacion de fondos que hizo el